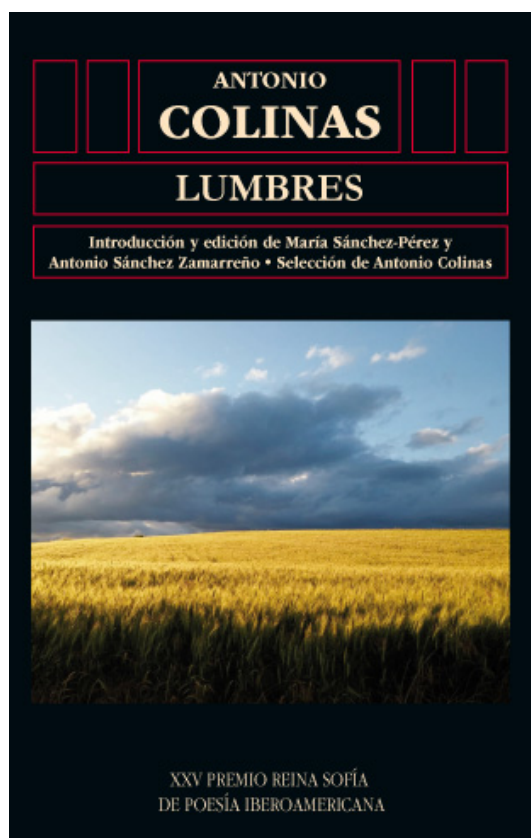


ANTONIO COLINAS

Lumbres

XXV Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana



*Introducción y edición de María Sánchez-Pérez y Antonio Sánchez Zamarreño
Selección de Antonio Colinas*

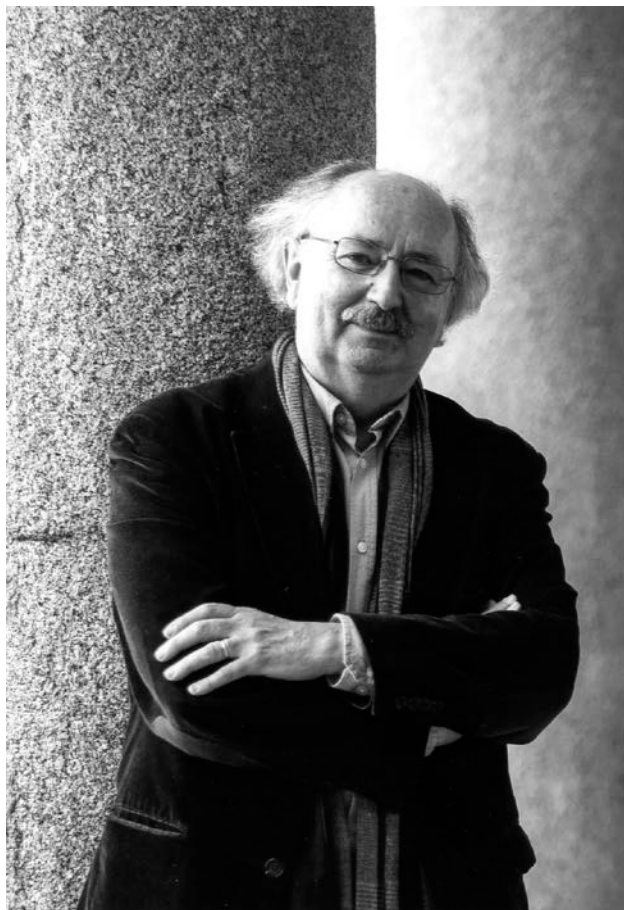
Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca & Patrimonio Nacional, 2016

ISBN 978-84-9012-649-3

20 €/ 324 pp.

Ediciones Universidad
Salamanca


PATRIMONIO NACIONAL



Antonio Colinas

Destacamos

∅ El próximo 25 de noviembre **S.M. la Reina Dña. Sofía** entregará en Madrid el premio de poesía que lleva su nombre al escritor **Antonio Colinas**. La Universidad de Salamanca, a través de su sello editorial, Ediciones Universidad de Salamanca, junto con Patrimonio Nacional han editado una cuidada antología del poeta titulada ***Lumbres***.

∅ La selección de poemas, llevada a cabo por el propio Antonio Colinas, desvela un **retrato armónico** del poeta. La antología se presenta como un astrolabio que trata de fijar las coordenadas que explican la constante de su obra poética, que no es otra que **la armonía**, desde sus inicios con el protocuaderno *Junto al lago* (1967), que permaneció inédito algunos años, hasta su última obra *Canciones para una música silente* (2014), pasando por sus libros más conocidos, como *Sepulcro en Tarquinia*.

∅ La antología *Lumbres* se compone de una extensa introducción y bibliografías preparadas por **María Sánchez-Perez** y **Antonio Sánchez Zamarreño**, poeta este último, y profesores ambos de la Universidad de Salamanca. La selección de fotografías y poemas escogidos por el propio poeta perfilan definitivamente a Antonio Colinas como un escritor sin Generación, con voz propia, y con maestros como Aleixandre, Zambrano, etc.

∅ La edición incorpora **tres poemas manuscritos** y **tres poemas inéditos**. La fotografía de cubierta, realizada por Antonio Colinas, ilustra su trayectoria poética.

∅ La serie de libros que Ediciones Universidad de Salamanca y Patrimonio Nacional dedican a los **Premios Reina Sofía de Poesía Iberoamericana** conforma ya una **excelente colección de clásicos de rango internacional**. La celebración de la vigésimo quinta edición es todo un acontecimiento. Como ha expresado **Eduardo Azofra, Director de Ediciones Universidad de Salamanca**: «Celebramos en esta vigésimo quinta edición del Premio Reina Sofía la vitalidad de uno de los premios literarios más importantes de España, y posiblemente el galardón de mayor prestigio de poesía de Iberoamérica. Contamos no solo con un catálogo excepcional de poetas publicados, un registro único en el panorama editorial nacional e internacional, en la que despuntan todas y cada una de las antologías, de las que entresaco las siguientes figuras de, todos ellos Premio Cervantes: Gonzalo Rojas, José Hierro, Álvaro Mutis, Nicanor Parra, José Manuel Caballero Bonald, Juan Gelman, Antonio Gamoneda y José Emilio Pacheco. Y en el tintero nos han quedado otros grandes poetas como Ángel González, Mario Benedetti, Pablo García Baena, Blanca Varela o Ida Vitale, por caso. Pero sobre todo, me atrevería a afirmar que contamos con un valor intangible: un proyecto literario ambicioso y global, que salta de España a Argentina, de Perú a México, de Cuba a Nicaragua, y así, por ahora, hasta once países iberoamericanos, que se sirve de la poesía para tomar conciencia de su tiempo, y que nos devuelve una mirada privilegiada de nuestra propia existencia, de lo que somos, soñamos o anhelamos, como seres humanos. Y que todo ello alienta a la celebración de la Universidad de Salamanca, gestora del proyecto y de cada edición, como un referente en la transferencia del conocimiento a través de la palabra poética».

Antonio Colinas, Poética

«La poesía es para mí una vía de conocimiento. Es decir, un medio para sentir, interpretar y valorar la realidad y nuestra propia experiencia humana. Pero no sólo esa realidad aparente que los ojos ven, sino la que yo he llamado en otros momentos una realidad transcendida o trascendente. Creo que a la poesía no le está destinada la misión informativa que, de manera más concreta o “fotográfica”, nos ofrecen otros géneros literarios, como el ensayo o el periodismo. En el poema, la palabra se caracteriza porque es y debe ser, ante todo y sobre todo, palabra nueva.» Antonio Colinas

María S.-P. & Antonio S. Z. han dicho sobre el poeta

A pesar de que Antonio Colinas no fue incluido en la antología de José María Castellet, *Nueve novísimos poetas españoles* (1970), su nombre sí aparecería en la de Enrique Martín Pardo, *Nueva poesía española* (1970 y 1990) y José Batlló, *Poetas españoles poscontemporáneos* (1974), ampliándose así la nómina de poetas conocidos como Novísimos o Generación de los 70. Se trata de una grupo de poetas considerados culturalistas, cuyo empeño se basaba en demoler el realismo que había enseñoreado la posesía española hasta entonces.

No obstante, a pesar de esos inicios culturalistas propios de la época, muy pronto Antonio Colinas comenzó a destacar con una voz propia, como un poeta único, avanzando hacia una poesía cada vez más intimista y humanizadora. Bien es cierto también que el caudal de alusiones culturales en algunos de sus poemarios no soterró nunca la pulsión de la vida ni la pureza verbal, que serán constantes en la poética del autor.

La musicalidad es otros de los rasgos caracterizadores de la poesía de Antonio Colinas, junto con el canto al paisaje, la intesidad, el orfismo, la libertad de pensamiento, etc. De ahí que, al hablar del conjunto de su obra poética podamos describirla como una astronomía sonora y armónica, pues la armornía —en su sentido más amplio— es precisamente una de las palabras clave para comprender la trayectoria vital y poética de Colinas. Así describía el poeta el paraíso, la búsqueda de la armonía originaria:

Qué feliz ascensión por el sendero
de las vasijas pisoteadas por los caballos
un siglo y otro siglo.
Y en la cima, bravo como un espino, el viento
haciendo sonar el arpa de las rocas.
Es como el aliento de un dios
propagando armonía entre mis pestañas
y las nubes. (fragmento de “Regreso a Petavonium”).

María Sánchez-Pérez y Antonio Sánchez Zamarreño, responsables de la introducción y edición



María Sánchez-Pérez es profesora de la Universidad de Salamanca. Doctora en Filología Hispánica por dicha Universidad, tuvo un contrato de investigación postdoctoral “Juan de la Cierva” en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de Madrid durante tres años. Ha sido también profesora invitada en el Institut für Iberoromanistik de la Universität Basel (Suiza).

Sus investigaciones han girado en torno a algunos campos relacionados con el patrimonio cultural inmaterial, como la literatura popular impresa y los pliegos de cordel, así como el caso de la cultura y la literatura de la diáspora sefardí. Ha presentado más de una treintena de

comunicaciones en diferentes congresos nacionales e internacionales sobre estos temas. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Prensa sefardí de pasatiempo en Salónica. Un “Konsejero” (1913) y dos “Martíos” (1914 y 1927)*; *Los sefardíes y la poesía tradicional hispánica del siglo XVIII. El “Cancionero de Abraham Israel” (Gibraltar, 1761-1770)* [en colaboración con Paloma Díaz-Mas]; y *Literatura popular impresa en La Rioja en el siglo XVI* [en colaboración con Eva Belén Carro Carbajal y Pedro M. Cátedra]

Antonio Sánchez Zamarreño es ensayista y poeta, profesor de la Universidad de Salamanca especializado en poesía contemporánea. Ha preparado ediciones de autores como Fray Luis de León (1991), Jose Hierro (1995), Miguel de Unamuno (1998), Luis Rosales (1986) o José Ledesma Criado (2006). Entre sus ensayos destacan: *Abril, de Luis Rosales. Un palimpsesto milenario* (2010); *La poesía habla de sí misma para no ser borrada* (2007); *José García Nieto: una poética para negar las ruinas* (2005) y *El barroquismo de la flora en la poesía de Pablo García Baena* (2000).

Ha publicado los poemarios *Fragmentos del romano* (2003), *Celebración del abismo* (2007) y *El paladar a la intemperie* (2009).



Esbozo biográfico de Antonio Colinas

Antonio Colinas (La Bañeza, León, 1946) es poeta y autor, además, de novelas, libros de relatos, crónicas de viajes, aforismos, ensayos, biografías y antologías de otros autores. Es uno de los escritores españoles contemporáneos que más interés ha sentido por la literatura y la cultura de Extremo Oriente, particularmente por China, Corea e India, lo que le ha hecho gran conocedor de movimientos espirituales y filosóficos como el taoísmo y el budismo.

Después de residir algunos años en Córdoba —etapa clave en su formación lectora y su vocación literaria, luego evocada en su primera novela, *Un año en el sur*—, en 1964 se instala en Madrid, donde decide afirmarse exclusivamente como escritor, estimulado tras un encuentro con el premio Nobel Vicente Aleixandre, a quien tiene por maestro (como tiene también a la filósofa María Zambrano). Desde la independencia intelectual, comienza a colaborar con la prensa diaria madrileña y las más prestigiosas revistas literarias y culturales, labor que ha ejercido luego de forma ininterrumpida hasta hoy. Su primer libro fue *Poemas de la tierra y la sangre* (1969). En 1971 se traslada a Italia, donde trabaja como profesor y lector en las universidades de Milán y Bérgamo y gesta su libro de poemas más conocido, *Sepulcro en Tarquinia* (1975). A su regreso en 1974 se centra en la creación, la traducción y la crítica literaria en la prensa. En 1977 se traslada a Ibiza, donde permanecerá 22 años, un período de fecunda creación poética, narrativa, ensayística y traductora, que da pie a libros como *Astrolabio* (1979), *Noche más allá de la noche* (1983), *Jardín de Orfeo* (1988) o *Libro de la mansedumbre* (1997). Desde 1998 vive en Salamanca, ciudad y provincia que desde entonces están muy presentes en su obra literaria. de entonces a hoy son libros como *Tiempo y abismo* (2002), *Desiertos de la luz* (2008) o *La tumba negra* (2011). Su poesía hasta 2011 está recogida en *Obra poética completa*. Y en 2014 ha aparecido otro poemario suyo, *Canciones para una música silente* (2014). **Lumbres** es pues su última obra publicada.

Antonio Colinas ha recibido, entre otros, el Premio Nacional de la Crítica (1975), Premio Nacional de Literatura (1982), Premio de las Letras de Castilla y León (1999), Premio Internacional Carlo Betocchi (1999), Premio Nacional de Traducción (Italia, 2006) o Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2016), así como numerosas condecoraciones y reconocimientos, además de haber sido objeto de exposiciones y muestras sobre su vida y obra.

Poemas inéditos

Bajo las alas negras de los abetos

He visto a la mujer que guía a los caballos
de los ojos dorados
que se ha detenido al anochecer
en el cruce de los caminos,
bajo las alas negras de los abetos.

Parece no saber a dónde ir.

La mujer que guía a los caballos
viene de bañarse en las aguas de la noche
y en agua salpica sus calzones por atraer al alba.

Ella lo hace como una ofrenda.

Ella lo acepta como una bendición

y molien sus grandes ojos
para salutar a la primera luz de azufre,
la que quema los lobos del monte;
luz que pasa a sus ojos
y de ellos a los de la mujer,
que sonríe callando.

La mujer que guía a los caballos
ha venido por una senda
de limones y de naranjas caídas
que nadie recoge.

Pequeños solos abatidos son los frutos
que manchan de oro rojo sus pies
y los cascos de los caballos.

No sé por qué, ante esta aparición,
recuerdo mi infancia y, con dificultad,
unos versos de Pushkin:

«Acaso se deba al silbo del ruiseñor
el temblor de la hierba de los prados.

Los bosques oscuros se inclinan hacia la Fuente,
pero debajo cuánto muerte yace.»

BAJO LAS ALAS NEGRAS DE LOS ABETOS

He visto a la mujer que guía a los caballos
de los ojos dorados
que se ha detenido al anochecer
en el cruce de los caminos,
bajo las alas negras de los abetos.
Parece no saber a dónde ir.

La mujer que guía a los caballos
viene de bañarse en las aguas de la noche
y con agua salpica sus cabezas para atraer el alba.
Ella lo hace como una ofrenda.
Ellos lo aceptan como una bendición
y vuelven sus grandes ojos
para saludar a la primera luz de azufre,
la que quema los labios del monte;
luz que pasa a sus ojos
y de ellos a los de la mujer,
que sonrío callando.

La mujer que guía a los caballos
ha venido por una senda
de limones y de naranjas caídos
que nadie recoge.
Pequeños soles abatidos son los frutos
que manchan de oro rojo sus pies
y los cascos de los caballos.

No sé por qué, ante esta aparición,
recordé mi infancia y, con dificultad,
unos versos de Puskin:
“Acaso se deba al silbo del ruiseñor
el temblor de la hierba de los prados.
Los bosques oscuros se inclinan hacia la tierra,
pero debajo cuánta muerte yace”.

[Pág. 309 de esta edición]

TÁBARA

(Recordando a León Felipe)

Siempre que avanzo hacia el sol
me extravía
el aroma del pino,
el río de los álamos,
la luz de la sangre
de los atardeceres del noroeste.

Antes, me he detenido a posar
mi mano en la piedra de tu estatua.
León Felipe: yo soy de los que aún vagan
extraviados por la luz,
aquellos que todavía
no han logrado encontrar
esa piedra humilde
que tú encontraste
en los caminos:
la de la sencillez que concede
sabiduría.

Tú mismo eres ahora esa piedra-estatua
que hallaste como un don
y que yo todavía no he encontrado;
piedra que al recogerla
del polvo del camino, al descender,
te elevó, te salvó para siempre,
pues se te ofrecía como pan
a peregrino pobre.
(Nadie sabe que tú, el rebelde, hallaste esa piedra
un día de tu infancia, precisamente aquí,
junto a la senda del muro de los monjes,
y que luego, a lo largo de tu vida,
quisiste traspasarla
a palabras-poemas imposibles.)

Seguiré mi camino.
Atrás queda tu torre, y tu pueblo, y tu estatua,
memoria eterna
contra el olvido de los hombres.
Yo sólo soy olvido
mientras siga vagando por caminos perdidos,
en busca de esa piedra
humilde que me sane.

Me acerco a los montes y ya avanza la noche.
Dios me ampara

con la desnudez de sus estrellas rotas.
En la oscuridad
(en mi oscuridad),
veo sin ver
y encuentro
sin hallar.

[Págs. 310-311 de esta edición]

¿QUÉ FUE DE AQUELLAS MÚSICAS?

¿Qué fue de aquellas músicas de un tiempo
en Europa, las de mi juventud?
Me recibió Milán
con las nieves de enero
y con aquel concierto para oboe
de Marcello.

Creo que, desde entonces, ya no he sido el mismo.
Pocos días después se reafirmó
aquella especie de metamorfosis
en el Teatro Lírico: I Musici
escribieron el júbilo encendido
de Vivaldi en mis ojos.
¿O fui otro al seguir cada paso, cada gesto
de la pequeña-grande Carla Fracci
en el *Preludio a la siesta de un fauno*?

Sí, sentí que era otro en la Scala,
al escuchar las sinfonías de Mahler
(cincuenta años después de que él muriera)
como una mar serena que ascendiera,
como una tormenta que llegó,
conducida por las manos
de Claudio Abbado.
¿O la transformación del que fui en el que soy
se dio aquella noche en que llovía mansa-
mente sobre la estatua de Leonardo
da Vinci?

Pasaban relumbrando
los coches mientras dentro del teatro
la voz de ángel de Mirella Freni
nos iba ofrendando cada aria
de *La Bohème*.
(Durante el entreacto, me asomé
a la terraza.

La lluvia
había cesado.
La plaza y sus palacios
eran de plata.)

¿Qué fue de aquellas músicas de entonces?
¡Fueron tantas y tan
turbadoras, casi como un veneno que embriagara!
Músicas en países y en anocheceres
inesperados, mientras fuera
cada estación del año
tejía tramas de oro, de niebla, o de escarcha
en mis pestañas.
¿Y aquel concierto en el Conservatorio de
Ginebra, que dieron los alumnos de Nikita
Magaloff?
Un año antes yo había escuchado
a Nikita Magaloff.
Me asaltó su piano en el Teatro
Donizetti de Bérgamo
mientras fuera arreciaba una borrasca
que tronchaba las ramas de los árboles.

El *Arte de la fuga*,
aquella matemática celeste
de las notas de Bach
me serenó una noche en la catedral
de Berna.
Más tarde, escucharía a Bach interpretado
por Ritcher, tras la puerta cerrada
de un palacio de Bonn,
mientras fuera el otoño discurría
con sus llamas
por las aguas del Rin.
(A Bach lo interpretaba aquella noche
Sviatoslav Ritcher, no Karl Ritcher,
el que nos entregó acaso las mejores versiones
de los *Conciertos de Brandenburgo*.
En el 5º. y el 6º. conciertos, Bach y Karl
Ritcher nos demostraron
que el hombre y su Arte
pueden ser en la vida algo más que ceniza
para la muerte.)

Y yo acababa siempre escapando
hacia la otra orilla
de los lagos alpinos.
Llevaba en el bolsillo de mi abrigo
un libro de Rousseau que no leía:

Las ensoñaciones del paseante solitario.

Y cuando anohecía,
regresaba yo solo
en el último barco
hacia las temblorosas
luces de la otra orilla.
O, de día, ascendía a las montañas.
Seguía los senderos por los bosques
hasta que, ya en la cima, me tumbaba
sobre la nieve, bajo un sol
de hielo azul.
Acaso lo que hacía era huir
de aquellas músicas
que me enloquecían dulcemente al privarme
de la razón común.

¿Y las inesperadas melodías
de Praga en cada esquina, aquel Mozart
que volvía a sonar en la capilla
donde él había actuado siglos antes?
¿Y aquella melopea del incienso
combinada con cantos ortodoxos
en iglesias con frescos desconchados
en el monasterio
de Nauzí?
Fueron tiempos muy duros aquellos, parecidos
a heridas que sangraban sólo música
para a la vez sanarme y enfermarme,
para enfermarme y para sanarme.

¿Qué fue de aquellas músicas de un tiempo
en Europa, las de mi juventud?
Me extraviaron, me hicieron perder
la razón.

Mas, perdiéndola,
encontré otra razón más poderosa
para mi vida.
Desde entonces,
creí en algo más que en la ceniza
y mi razón no es ya
razón para la muerte.

[Págs. 312 a 315 de esta edición]

Otros poemas incluidos en esta edición

Nacimiento al amor

«Tras contigo una música que embriaga el corazón»,
te dije, y en mis ojos rebrotaban las lágrimas.
Llenos de fiebre tuve mis labios, que sonaban
encima de su piel. Por la orilla del río,
trocando en la penumbra, frotaban los caballos.
De ver en cuando, el viento dejaba algunas hojas
sobre la yerba oscura, entre los troncos mudos.
«Mira: con esas hojas comienza nuestro amor». En su
Toda la Fiera recibirá tus besos»,
me dijo. Y yo contaba cada sofoco dulce
de su voz, cada poro de su mejilla cálida.
Estaba fresco el aire. Llovían las estrellas
sobre las copas densas de aquel soto de álamos.
Cuando la luna roja decreció, cuando el aire
se impregnó del aroma profundo de los frutos,
cuando fueron sus fuertes los noches y los hombres,
cuando llegó el otoño, nacimos al amor.

Colina

NACIMIENTO AL AMOR

«Traes contigo una música que embriaga el corazón»,
le dije, y en mis ojos rebosaban las lágrimas.
Llenos de fiebre tuve mis labios, que sonaban
encima de su piel. Por la orilla del río,
trotando en la penumbra, pasaban los caballos.
De vez en cuando, el viento dejaba alguna hoja
sobre la yerba oscura, entre los troncos mudos.
«Mira: con esas hojas comienza nuestro amor.
En mí toda la tierra recibirá tus besos»,
me dijo. Y yo contaba cada sofoco dulce
de su voz, cada poro de su mejilla cálida.
Estaba fresco el aire. Llovían las estrellas
sobre las copas densas de aquel soto de álamos.
Cuando la luna roja decreció, cuando el aire
se impregnó del aroma profundo de los frutos,
cuando fueron más tristes las noches y los hombres,
cuando llegó el otoño, nacimos al amor.



SIMONETTA VESPUCCI

Simonetta:
por tu delicadeza
la tarde se hace lágrima,
funeral oración,
música detenida.
Simonetta Vespucci:
tienes el alma frágil
de virgen o de amante.
Ya Judith despeinada
o Venus húmeda
tienes el alma fina del mimbre
y la asustada inocencia
del soto de olivos.
Simonetta Vespucci:
por tus dos ojos verdes
Sandro Botticelli
te ha sacado del mar,
y por tus trenzas largas,
y por tus largos muslos.
Simonetta Vespucci,
que has nacido en Florencia.



CLARA EN LOS UFFIZI

Ibas despreocupada paseando
por las salas de los Uffizi,
sin saber hacia dónde dirigir tus dos ojos;
avanzabas quizá con el cansancio
del que ha recorrido Florencia todo el día.
No sabías que, de repente, allí
te iba a asaltar un poderoso Símbolo:
el de la inesperada Belleza,
el ideal sublime de Belleza y Verdad,
ese que (todavía) nos hace a los humanos
más humanos.

Botticelli fue el nombre.
“La Primavera” el cuadro.
No supiste qué hacer
y te quedaste muda.
Simplemente dejaste que hablase el corazón.
Y te pusiste a llorar.
Y llorabas,
y llorabas.

A la Verdad y a la Belleza sólo
le faltaban el gozo tus lágrimas.



IV

Enciendo el fuego,
el pruno se llena
de gorriones y de flores moradas.
Enciendo el fuego,
llega la música
más hermosa:
el “Agnus Dei” de Barber.
Enciendo el fuego,
escucho la noche
con su silencio que llama
a la nieve.
Enciendo el fuego
y yo soy el que arde
en noche, en nieve, en música, en silencio.



A NUESTRO PERRO EN SU MUERTE

Es la última noche
y no es fácil dormir porque detrás del muro
intuimos tu muerte.

Así que he acabado por salir a buscarte
a tientas en la sombra
y en ella te he encontrado respirando
aún como una llama.
(Como llama en lucerna sin aceite.)

Hoy, sobre todo, sentimos dolor
al pensar en lo mucho que nos diste
y en lo poco, tan poco, que te dimos.
Porque mucha ha sido la soledad que fuiste
llenando con tu clara soledad
y el diálogo sabio aquel de tu mirada
con mi mirada, de tus silencios
con mis silencios
en el centro del día.

Con cuánta lentitud, con qué dulzura
te vas, amigo mío, arrastrando
por el río de sombra que es la noche,
por el río de estrellas que es la noche,
por el río de muerte que es la noche.
Y cómo calla ahora el jardín, y cómo calla
el bosque vaciado
de aquellos ruiseñores de junio
de los que tus ladridos nocturnos fueron luna.

Qué silencios tan negros y tan hondos
caen sobre esos dos ojos como estanques,
sobre esos ojos como hogueras negras.
Postrado en miserable rincón,
fidelísimo aún,
no te mueves, nada haces cuando llego
para no inquietarnos.
Aunque el dolor penetra más y más en tu ser
tú callas, callas manso –todavía más manso–
y en esa masedumbre se propaga
tu fiel adiós.

No temas, no le ladres a la Sombra
esa que al alba llegará muy ciega
a arrancarte los ojos, la vida en el límite.

Aunque quedamos tristes
porque no alcanzaremos a saber
dónde reposarán tus nobles huesos
también sabemos que desde mañana,
como volcán de luz,
toda la isla ya será tu cuerpo.

Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Trayectoria y premiados

El Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana es uno de los premios literarios más importantes de España. Viene amparado por el convenio marco de cooperación cultural suscrito por la **Universidad de Salamanca** y **Patrimonio Nacional**. Este galardón tiene por objeto premiar el conjunto de la obra poética de un autor vivo que, por su valor literario, constituya una aportación relevante al patrimonio cultural común a Iberoamérica y España. El Premio, que se concede todos los años sin posibilidad de quedar desierto, está dotado con 42.000 euros. Ediciones Universidad de Salamanca, en colaboración con Patrimonio Nacional, edita una recopilación antológica de poemas del autor premiado. Además, la Universidad de Salamanca organiza al año siguiente un Acto Académico dedicado a la obra del galardonado, contando con la asistencia del mismo. En cada edición, la entrega del Premio tiene lugar en el Palacio Real del Madrid, bajo la presidencia de Su Majestad La Reina. Entre los miembros del jurado se encuentran el **Presidente de Patrimonio Nacional**, el **Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca** y el **Director de la Real Academia Española**.

Lista de Galardonados:

2016	Antonio Colinas	España
2015	Ida Vitale	Uruguay
2014	María Victoria Atencia	España
2013	Nuno Júdice	Portugal
2012	Ernesto Cardenal	Nicaragua
2011	Fina García Marruz	Cuba
2010	Francisco Brines	España
2009	José Emilio Pacheco (*)	México
2008	Pablo García Baena	España
2007	Blanca Varela	Perú
2006	Antonio Gamoneda (*)	España
2005	Juan Gelman (*)	Argentina
2004	José Manuel Caballero Bonald (*)	España
2003	Sophia de Mello Breyner	Portugal
2002	José Antonio Muñoz Rojas	España
2001	Nicanor Parra (*)	Chile
2000	Pere Gimferrer	España
1999	Mario Benedetti	Uruguay
1998	José Ángel Valente	España
1997	Álvaro Mutis (*)	Colombia
1996	Ángel González	España
1995	José Hierro (*)	España
1994	João Cabral de Melo Neto	Brasil

1993	Claudio Rodríguez	España
1992	Gonzalo Rojas (*)	Chile

(*) Han sido galardonados además con el Premio Cervantes

Sitio oficial del premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana:

<http://premioreinasofia.usal.es/>